



V  
2866

**Pablo Zulaica Parra**

**Paisajeros**

**Veinte viajes en tren y sus protagonistas**

**Biblioteca Ferroviaria**



**MM05181**

## Índice

Acerca de...	15
1. Roberto Tally, maquinista, y su mascota	23
2. El buscarril y los otros habitantes de las vías	33
3. Un deshielo lento y silencioso	63
4. India desde el suelo de un tren	95
5. Del nomadismo a los <i>commodities</i> en la nueva Ruta de la Seda	123
6. El tren de los orgullosos, el último vapor americano	149
7. El hospital de la vía 7	187
8. Viejos esplendores en la periferia porteña	203
9. El tamagochi de Canfranc, el último fugitivo del Pirineo	215
10. El Maglev, 440 segundos en órbita por encima de Shanghái	243
11. De las misiones al iPhone por el Camino Real californiano	249
12. Rieles en la arena: Lawrence de Arabia entre otomanos y árabes	279
13. El Transiberiano con Julio Verne	299
14. Patagonia es un estado de ánimo	321
15. El Chepe y los invisibles de la Sierra Tarahumara	359
16. India desde el techo de un tren	395

17. Si el petróleo fuera agua: Irán y el ferrocarril Transiraní ..	407
18. En la ruta de las esencias (con permiso del ciclón) .....	441
19. El pequeño Grand Tour de Sicilia: a Taormina en la Circumetnea .....	467
20. Camino de Estambul en medio de un extraño golpe ....	495
Anexo fotográfico .....	519

## Acerca de...

### Acerca del tren

Al principio fueron los rieles, luego la caldera de vapor, las bielas y, finalmente, fue el tren. El tren sacó a bienes y pasajeros de la fatiga de los caminos, colonizó tierras lejanas y desarrolló la industria hasta el punto en que el progreso de un país podía medirse en kilómetros de vías. Las primeras líneas se tendieron para el transporte privado de materias primas. Luego, algunos gobiernos rescataron otras en apuros, unificaron tramos y se establecieron redes que movían carga, tropas o viajeros. Pero en los años sesenta del siglo xx, el auge automotriz y la búsqueda de la eficiencia decretaron el cierre de muchas vías. El tren de pasajeros casi nunca es hoy rentable, pero sigue haciendo que muchas sociedades fluyan. En algunos países las políticas de vertebración del territorio mantienen subvencionadas viejas líneas, mientras otras se museízan, se vuelven vías verdes o simplemente se abandonan. Pero en otros, las carreteras no son alternativa fiable, y las vías siguen dando a ciertos pueblos su razón de ser y un servicio tan precario como indispensable.

Por eso, el tren ha visto y sigue viendo pasar sobre rieles la vida de muchas gentes, y solo puede verse como mero vehículo si lo miramos de pasada. A poco que observemos lo encontraremos in-

merso hasta el fondo en la concepción de sistemas económicos, en la conformación de los países o en el origen de conflictos bélicos; en un plano más corto, el tren es central en asuntos de identidad de clases, pueblos y regiones, o hasta en el origen de clubes de fútbol. Últimamente, el tren es lamento recurrente de pueblos desatendidos, detonador de proyectos turísticos o vanguardia tecnológica, porque la superpoblación o los excesos ambientales piden al ferrocarril —con o sin carril, con ese u otro nombre— que dé nuevas respuestas.

### **Acerca de *Paisajeros***

*Paisajeros* es un libro de crónicas que se recrea y ahonda en la experiencia del tren, y está escrito con la convicción de que no hay otro medio que se parezca tanto como él a un destino en sí mismo. Por alguna razón, el tren se presta más que otro transporte a expandir la idea del viaje: por fuera, se cuele en las zonas menos lustrosas de pueblos y ciudades y, a espaldas de neones y carteleras, nos muestra al desnudo otras formas de vida. Dentro, el traqueteo de las ruedas funciona como hipnosis y, con su arrullo, las pulsaciones se relajan, la mirada se va lejos y el pasajero se ensimisma. Así, también genera un espacio neutral donde el tiempo pasa lento y su atmósfera predispone igualmente a que las personas se abran, compartan y convivan. A bordo, conversaciones, pensamientos y hojas de libreta van pasando conforme uno descubre, entre bambalinas, las claves del paisaje.

Frente a la visión de un medio para alcanzar algo (un lugar, una hora de llegada), el tren se propone en *Paisajeros* como un objetivo en sí mismo, como un personaje que vertebra otros relatos. No deja de ser un escenario, una excusa para colarnos en vidas que desconocemos, pero al comparar unos y otros viajes, ya sea por similitud o por contraste, conforma otra manera de entender los territorios a los que sin duda ha dado forma.

Estas crónicas están narradas desde butacas, locomotoras, verandas, suelos o techos de trenes, y también desde las propias vías cuando siguen trenes que hoy no pasan. Hay lujo y suciedad, hay primera clase, segunda clase y clase polizón, «viajar de mosca», como refiere en *El tren pasa primero* Elena Poniatowska. Pero también hay depósitos de locomotoras y salas de espera, autobuses, hoteles y cafeterías, centros y periferias de ciudades, y también hay pueblos, muchos pueblos, porque el tren también es todo eso. *Paisajeros* no es, desde luego, una defensa incondicional del tren, ni tampoco es un proyecto lacrimógeno. La nostalgia está presente en varios textos pero no es un objetivo en sí, ni siquiera para los propios agraviados. En *Paisajeros* aparecen expertos en alta velocidad que desaconsejan nuevas líneas o lugareños que defienden que el tren nunca debió haber pasado por ahí.

### Acerca de la escritura

*Paisajeros* también busca analogías entre el viaje, el viajero y el proceso de escritura, porque escribir es una manera de pensarse y el libro, resultado de ese pensamiento.

Hay mucha literatura de viajes escrita por autores de renombre, y a menudo incluye viajes en tren, pero ha sido considerada obra menor o, en todo caso, más útil para conocer sus biografías que valorada por sí misma. Por otro lado, el tren, sus vías, son un reclamo infalible en carteles de películas y portadas de libros. Pero me parece que, al menos en castellano, aquel *noséqué* extra que se atribuye a un viaje en tren se reduce a menudo al misterio de una historia de ficción o a la narración aséptica de las revistas de lujo. Y esto es algo raro en una industria donde, paradójicamente, cada vez se da más valor al hecho de contar historias —lo dicen las marcas, lo dicen Facebook e Instagram—. Me parece, en fin, que desde que viajar es nueva medida del lujo cabría esperar más libros de viaje.

Este libro viene de lejos. De pequeño, el primer regalo que recuerdo fue un tren de vapor a escala de la extinta marca Ibertrén que daba vueltas y vueltas. Años después, como nuestro colegio de Vitoria estaba cerca de las vías, un amigo y yo tratamos de completar los horarios de los trenes de mercancías al oírlos desde clase. Después, lejos de los guardas, nos acercábamos a la estación a poner monedas en los rieles y a ver cómo quedaban luego, o bien a fotografiarlos con una camarita Kodak. Luego vinieron las maquetas con sus vías, estaciones, árboles y personas, y más tarde los viajes con amigos. Y con ellos los interraíles, y entonces era Europa entera la que tratábamos de reducir a un mapa de líneas rojas. Pero al fin, ya periodista, encontré en los trenes mucho más. Seguía recordando algunos números de serie y fabricantes, pero iba abriendo el plano y, a la vez, empecé a encontrar historias.

La propia idea de *Paisajeros* nace de otros libros. Primero vino *La libertad es un tren*, un libro publicado en los 90 y que leí hace mucho en Argentina, los viajes entre cobertura y cobertura del corresponsal del diario *La Nación* Germán Sopena. Luego, un regalo de mi madre me abrió a los viajes de Paul Theroux, de los que me quedé con una idea: Theroux viajaba buscando trenes, pero encontraba pasajeros. Las lecturas de ambos me acompañaron a lo largo de las crónicas y, al cabo de los años, tuve la suerte de asistir a un taller del mismo Theroux. Antes me topé con un ensayo de Javier Maderuelo sobre arte y paisaje. Él cita al filósofo alemán Martin Seel, que define el paisaje como un «espacio que acontece», que no es lo que comúnmente llamamos naturaleza, sino una construcción y una interpretación humanas. Y di también con *El turista*, un ensayo atemporal del sociólogo Dean McCannell escrito en los 70 a partir de la intervención de un estudiante iraní que se levanta en plena clase y dice: «¡Todos somos turistas!». Por alguna razón ardemos de necesidad de distinguir a un turista de un viajero, pero lo más probable es que a veces seamos viajeros y a veces turistas.

De estas veinte crónicas, seis han sido publicadas en distintos medios —las correspondientes a los capítulos uno, seis, siete, on-

ce, catorce y diecisiete, que han aparecido en *El País*, *El Mundo* (prensa española), *El Universal*, *Travesías* (prensa mexicana) o *ABC Color* (prensa paraguaya)—, con un enfoque dado y límite de espacio. Ahora se han ampliado ligeramente para que los textos respiren y para incluir algunas reflexiones. El resto, menos rígidas, se recrean en subjetividades del viaje, en el plano exterior del tren, el interior y a menudo el subjetivo. Los momentos dedicados a la introspección —lectura o escritura, o el mero ensimismamiento— conforman una tercera dimensión, la creadora, la que aglutina el viaje.

### Acerca del viajero

A estas alturas ya debe de haber quedado claro que *Paisajeros* es, ante todo, un pretexto. Un pretexto sobre ruedas para contar contextos mediante viajes de terceros. Sería deseable que el lector se bajara de *Paisajeros* como uno se baja de un tren tras un viaje lejano: en un lugar mejor, siendo algo más sabio, y habiendo visto, escuchado o compartido más. Y habiéndose cuestionado a sí mismo. Hippolytte Taine decía que viajamos para cambiar de ideas. Pero escribir de viajes, como viajar, está lleno de trampas. No hay que irse al extremo del suizo Burkhard, que descubrió Petra para Occidente disfrazado de beduino, para entender que la mera presencia de un viajero quiebra la rutina del lugar, que él también se convierte en elemento exótico y que su forma de interactuar, no necesariamente adecuada, generará otras reacciones fuera de lo convencional del sitio.

E incluso cuando aparentemente no suceda nada a bordo, el viajero que solo está de paso —otra acepción de «pasajero»— interpretará la realidad de forma muy distinta a la del usuario habitual, o la del trabajador del tren. Su distancia insalvable frente al hábito puede, desde luego, aportar lucidez a cuestiones del lugar, pero esa misma distancia es un muro invisible a la hora de aproximarse a la



idiosincrasia y los modos de los lugareños, y he aquí el peligro. *Paisajeros* trata de moverse en ese espacio con el riesgo de un patinazo como parte inherente al viaje. Y aunque el libro aspira, como entiendo que es común, a no caer en la trampa de lo exótico, el viajero debe asumir que al dejar su espacio de confort viaja con su circunstancia y que no puede dejar de ver el mundo a través de ella. «... sus circunstancias vitales que lo enredan y confunden», escribe en *Orientalismo* Edward W. Said. Y el propio Said añade: «Nadie ha inventado un método que sirva para aislar al erudito de las circunstancias de su vida». Cuando algo nos confronta demasiado y toca nuestros cimientos, a veces es inevitable volver a puerto conocido, cerrar filas en torno a la cultura que lo modula a uno. Pero reconocerlo es necesario. En *Paisajeros*, tres crónicas por India son sospecha suficiente de que hay un trecho del dicho al hecho. Si nueve meses pueden ser un buen tiempo para empezar a conocer un país, son nada en medio de una tradición milenaria como aquella. Por eso, a riesgo de ser poco valiente, quizás este libro debería comenzar con una renuncia. Aun así, la afirmación de Taine sobre el viajero podría validar su posición, porque a este libro le sucede igual que a la noción entera de orientalismo: hablará mucho menos de otros mundos que del nuestro propio.



### Acerca del viaje

Cuando uno viaja, viaja a un lugar, pero no menos viaja a un tiempo. La estación del año, las celebraciones o la situación política hacen de los momentos lugares irrepetibles en el tiempo. Sin ir más lejos, los contextos narrados en este libro ya no existen: ahora, en México se ha aprobado el Tren Maya, un proyecto que, de concluirse, cambiará la percepción de los mexicanos hacia el tren; en Arabia Saudí ya circula el Haramain, el tren de los peregrinos que imaginó un pachá en Constantinopla; y el 1 de enero de 2019, el olvidado Canfranero, al que ya le han «metido» excavadoras, fue

protagonista de un hito al convertirse en *trending topic* cuando Aragón TV emitió su viaje íntegro e inauguró con él el *slow travel* ibérico.

El propio viajero, como cualquiera que escriba y retome textos viejos, asume que también él es un ser cambiante. Descartes, como cuenta Georges Van den Abbeele en *Travel as Metaphor. From Montaigne to Rousseau*, trató de dar con la Verdad de tres maneras. Primero la buscó en los libros. Luego temió volverse loco y decidió alejarse de su casa, pero, a riesgo de olvidarse de quién era, regresó a la chimenea de su hogar para seguir pensando. Y con el tiempo, uno va soltando lastre. Con el tiempo entiende, por ejemplo, que hay algo intrínsecamente bueno en ser flexible. Que igual que un monumento no visitado o una foto no hecha no pueden —no deberían— determinar un viaje, a veces es bueno tomar un tren, pero otras veces es bueno perderlo. Literariamente, uno tiene siempre un norte, una dirección, un destino, pero sabe que a menudo resulta más productiva una dificultad, un giro en el camino. De inmediato, los caminos no tomados se convierten en posibilidades, emprenden otro viaje literario, mientras los problemas ponen en juego a uno en el mundo, mitigan su condición de pasajero y lo implican irremediabilmente en un paisaje del que hasta el momento no ha creído formar parte.

Algunos de los viajes aquí narrados nacieron de elecciones personales y otros, en cambio, de circunstancias de vida —el libro mantiene una deuda, por ejemplo, con África—. Pero al final, solo el viaje físico termina, y *Paisajeros*, que se nutre de muchas idas y vueltas, se apoya en una verdad impepinable: antes de regresar a un sitio es necesario haberse ido. Eso, por definición, suma el antes y el después al viaje. Que algunos de ellos tomen forma de libro no es sino un deseo de ampliarlos al desmenuzar la experiencia, compartirla y repensarla.